



UMBERTO ECO

ENTRAMO

E S frecuente oír en los lugares más dispares cómo se califica a nuestra época de una nueva Edad Media. El problema estriba en decidir si esta aseveración constituye una profecía o se basa, por el contrario, en un hecho comprobado. Dicho de otro modo: ¿Hemos entrado ya en esa Nueva Edad Media o, como dice Robert Vacca en un inquietante libro por él publicado, estamos a punto de ingresar en ella?

La tesis de Vacca se funda en la degradación de los grandes sistemas característicos de la era tecnológica: excesivamente vastos y complejos para poder ser coordinados por una autoridad central y sometidos individualmente al control de un eficaz aparato directivo, los sistemas en cuestión están condenados al fracaso y, por culpa de una serie de interacciones recíprocas, provocarán indefectiblemente un retroceso en la civilización industrial. Pasemos brevemente revista a la hipótesis más apocalíptica de las concebidas por Vacca. El autor sitúa su hipótesis en una especie de «escenario» futurista, si bien bastante verosímil.

Un día, en los Estados Unidos, la fatal coincidencia entre un embotellamiento de tráfico en una importante carretera y una parálisis del tráfico ferroviario impide al personal suplente llegar a un

gran aeropuerto del país. Vencido por la tensión física, el personal de control del aeropuerto provoca, sin querer, la colisión de dos cuatrirreactores, cuyos restos caen sobre una línea eléctrica de alta tensión. La carga eléctrica de esta línea se reparte entonces entre otras líneas ya de por sí sobrecargadas, con lo que se origina un gran apagón como el que registró Nueva York hace unos años. Sólo que esta vez la avería dura varios días más. Como las calles están bloqueadas por la nieve, los automóviles crean monstruosos atascos; en las oficinas, la gente enciende fuegos para calentarse y estallan numerosos incendios, que los bomberos no consiguen apagar. La red telefónica queda bloqueada bajo el aluvión de cincuenta millones de individuos aislados que tratan desesperadamente de establecer contacto entre sí. Dan comienzo una serie de marchas a través de la nieve. Junto a las carreteras se amontonan los cadáveres.

El apocalipsis del año 2000

Privados de provisiones, los viandantes asaltan los asilos; entran en acción las decenas de millones de armas de fuego vendidas a particulares en América; las fuerzas armadas asumen el mando, pero son víctimas, a su vez, de la parálisis general. Se saquean los supermercados; en las casas se agotan las reservas de velas, aumenta el número de víctimas de frío, de hambre o de inanición en los hospitales. Cuando, al cabo de varias semanas, se restablece fatigosamente la normalidad, los millones de cadáveres dispersos por la ciudad y el campo comienzan a propagar epidemias y pla-

gas similares en magnitud a la peste negra, que destruyó las dos terceras partes de la población europea en el siglo XIV. Surgen psicosis de «ungüento» y se instala un nuevo maccarthismo, mucho más feroz que el primero. La vida política, ya en crisis, se distribuye entre una serie de subsistemas autónomos, independientes del poder central, con milicias mercenarias y administración autónoma de la justicia. En estas circunstancias serán los habitantes de las áreas subdesarrolladas, especialmente preparados por naturaleza para soportar las condiciones de vida y de competición más elementales, quienes más fácilmente consigan superar la gravísima crisis nacional. Al mismo tiempo se registrarán importantes migraciones, con sus secuelas de fusiones y contaminaciones raciales, importaciones y difusiones de nuevas ideologías. Debilitada la fuerza de las leyes, destruidos los catastros, la propiedad se basará únicamente en la usucapión; por otro lado, la rápida decadencia habrá dejado las ciudades reducidas a una serie de ruinas que alternan con casas más o menos habitables, y habitadas por quienes se apoderan de ellas, mientras que las pequeñas autoridades locales podrán conservar cierto poder constituyendo recintos y pequeñas fortificaciones. La situación será la típica de la estructura feudal: las alianzas entre poderes locales se apoyarán en el compromiso y no en la ley; las relaciones individuales se fundarán en la agresión o en la alianza por amistad o por comunidad de intereses; renacerán costumbres elementales de hospitalidad para con el viandante.

Frente a esta perspectiva, nos

dice Vacca, no queda otro remedio que pensar en planificar el equivalente de las comunidades monásticas que, en medio de tanta decadencia, se dedicarán a mantener vivos y a transmitir los conocimientos técnicos y científicos útiles en orden al advenimiento de un nuevo renacimiento. Cómo organizar estos conocimientos, cómo impedir que se corrompan en el proceso de transmisión, o que determinadas comunidades los utilicen para sus propios objetivos: he aquí algunos de los problemas que constituyen los capítulos finales (en gran parte discutibles) del «Medio Evo próximo venturo» de Vacca. Pero el problema (como se decía al principio) es otro. Se trata, sobre todo, de decidir si la exposición de Vacca es un escenario apocalíptico o bien la enfatización de algo que ya existe. Y en segundo lugar, de liberar la noción de Medievo del halo peyorativo de que se ha visto rodeada por cierta literatura de inspiración renacentista. Tratemos de entender lo que es el Medievo.

La palabra «Medievo», define dos momentos históricos distintos entre sí: uno que va desde la caída del Imperio romano de Occidente hasta el año 1000, y que es una época de crisis, decadencia, violencia y robos culturales; el otro va desde el año 1000 hasta lo que en el colegio llaman «Humanismo», y no es fortuito el que muchos historiadores lo consideren ya como una época de pleno florecimiento, llegando incluso a hablar de tres Renamientos: uno carolingio; otro, situado entre los siglos XI y XII, y el tercero, que es el que todos conocemos como Renacimiento.

Suponiendo que se consiga sin-

SE TRATA DE LIBERAR LA NOCIÓN DE MEDIOEVO DEL HALO PEYORATIVO DE QUE SE HA VISTO RODEADA POR CIERTA LITERATURA DE INSPIRACION RENACENTISTA.

S EN LA EDAD MEDIA

tetizar en una especie de modelo abstracto al Medioevo, ¿a cuál de los dos corresponderá nuestra época? Sería ingenua cualquier correspondencia literal, entre otras cosas porque vivimos en una época de procesos enormemente acelerados, y lo que sucede en cinco años de los nuestros puede corresponder a lo que en aquella época sucedía en cinco siglos. En segundo lugar, el centro del mundo se ha extendido a todo el planeta: actualmente conviven sobre la Tierra civilizaciones y culturas en fases de desarrollo diversas entre sí, y en términos de sentido común nos sentimos tentados a hablar de «condiciones medievales» para referirnos a las poblaciones bengalíes, mientras vemos a Nueva York como una floreciente Babilonia o consideramos a Pekín como el modelo de una nueva civilización renacentista. Así que en todo caso habría que establecer el paralelo entre algunos momentos y situaciones de nuestra civilización planetaria y diversos momentos de un proceso histórico que va desde el quinto hasta el decimotercer siglo de la era vulgar. Claro que este tipo de comparaciones resulta un tanto árido. Pero aquí estamos tratando de elaborar una «hipótesis de Medioevo» (es casi como si nos propusiésemos construir un Medioevo y pensásemos qué ingredientes serían precisos para producir uno eficaz y plausible).

La Paz Americana pertenece ya al pasado

Esta hipótesis, o este modelo, tendrá las características de todas las criaturas de laboratorio: será el resultado de una selección, de un cribado, y esa selec-

ción dependerá de un fin preciso. En nuestro caso, el fin es disponer de una imagen histórica utilizable como patrón para medir situaciones y tendencias de nuestro tiempo. Será un juego de laboratorio, pero nadie ha dicho jamás seriamente que los juegos sean inútiles. Al jugar, el niño aprende a estar en el mundo, precisamente porque hace en broma lo que luego tendrá que hacer en serio. ¿Qué elementos son precisos en orden a elaborar un buen Medioevo? Ante todo, una gran paz que se derrumba, un gran poder estatal internacional que había unificado al mundo como lengua, costumbres, ideologías, religiones, arte y tecnología, y que, de repente, debido a su creciente complejidad, cada vez más ingobernable, se desmorona. Se desmorona porque presionan los «bárbaros» sobre las fronteras. Bárbaros no necesariamente incultos, sino portadores de nuevas costumbres y visiones del mundo. Estos bárbaros pueden irrumpir violentamente, porque quieren apropiarse de una riqueza que les había sido negada; o pueden insinuarse en el cuerpo social y cultural de la pax dominante haciendo circular nuevas fes y nuevas perspectivas de vida. Al principio de su caída, el Imperio romano no se vio minado por la ética cristiana; se había ya autotropeado, incorporando de modo sincrético la cultura alejandrina y los cultos orientales de Mitra y de Astarté, jugueteando con la magia, las nuevas éticas sexuales, diversas esperanzas e imágenes de salvación. Había admitido nuevos componentes raciales, eliminado, por la fuerza misma de las cosas, muchas divisiones de clase demasiado rígidas, reducido

la diferencia entre ciudadanos y no ciudadanos, patricios y plebeyos, conservado la división de las riquezas aunque diluyendo las diferencias entre los roles sociales. Había registrado fenómenos de rápida culturización, enviado al gobierno a hombres de razas que doscientos años antes hubiesen sido juzgadas como inferiores, desdogmatizado múltiples teologías.

Sumultáneamente, el gobierno puede adorar a los dioses clásicos, los soldados a Mitra y los esclavos a Jesús. Se persigue instintivamente la fe que parece ser a la larga más letal para el sistema, pero, en la práctica, una gran tolerancia represiva permite aceptarlo todo.

Pero, ¿quiénes son los nuevos bárbaros?

El derrumbamiento de la gran paz (militar, civil, social y cultural a un tiempo) inauguró un período de crisis económicas y de ausencia de poderes, pero sólo una justificable reacción anticlerical ha permitido ver tanto oscurantismo en la Edad Media: en efecto, la Alta Edad Media (incluso en mayor medida que la posterior al año 1000) fue una época de increíble vitalidad intelectual, de diálogos apasionantes entre diversas civilizaciones bárbaras, la herencia romana y una serie de elementos cristiano-orientales, de viajes y encuentros, con los monjes irlandeses que atraviesan Europa difundiendo ideas, promoviendo lecturas, inventando todo tipo de locuras... En una palabra, en la Edad Media se fragua el hombre occidental moderno; en este sentido, el modelo de la Edad Media puede servirnos para com-

prender lo que está sucediendo en nuestros días: al derrumbamiento de una nueva paz corresponden crisis y situaciones de inseguridad diversas; chocan entre sí diferentes civilizaciones, y lentamente se va perfilando la imagen de un hombre nuevo. Esa imagen sólo cobrará claridad con el tiempo, pero los elementos fundamentales han hecho ya acto de presencia. Boecio, que divulga a Pitágoras y relea a Aristóteles, no se limita a repetir de memoria la lección del pasado, sino que inventa un nuevo medio de hacer cultura, y fingiendo ser el último de los romanos constituye, en efecto, la primera oficina de estudios de las cortes bárbaras.

Estamos asistiendo a la crisis de la Pax Americana: esta afirmación es ya un lugar común de una historiografía del presente. Sería pueril congelar en una imagen precisa a los «nuevos bárbaros», entre otras cosas por el peso negativo y despistante que el término «bárbaro» tiene para nosotros: es difícil decir si se trata de los chinos o de los pueblos del Tercer Mundo, o de la generación de la protesta y la contestación, o de los inmigrantes meridionales que están creando en Turín un nuevo Piamonte que no había existido antes, o si presionan sobre las fronteras (¿cuáles?) o trabajan dentro del cuerpo social. Por otro lado, ¿quiénes eran los bárbaros en los siglos de la decadencia imperial?: ¿los hunos, los godos o los pueblos asiáticos y africanos que complicaban a la central del Imperio en sus transacciones comerciales y sus religiones? Lo único cierto es que desaparecía el romano, del mismo modo en que hoy desaparece el hombre liberal, el emprendedor de lengua

ENTRAMOS EN LA EDAD MEDIA

anglosajona que tuvo en el «Robinson Crusoe» su poema primitivo y en Max Weber su Virgilio.

En los chalets de los barrios residenciales, el ejecutivo medio, de pelo a cepillo, sigue personificando al virtuoso romano, pero su hijo lleva ya el pelo a lo indio, poncho mejicano, toca el sitar asiático, lee textos budistas o libelos leninistas y logra muchas veces (como ocurría en el bajo Imperio) compaginar a Hesse con el zodiaco, la alquimia, el maoísmo, la marihuana y las técnicas guerrilleras urbanas: basta leer «Do It», de Jerry Rubin, o pensar en los programas de la Alternat University, que hace dos años organizaba en Nueva York cursos sobre Marx, la economía cubana y la astrología. Aunque también, por otro lado, en sus momentos de aburrimiento, este nuevo romano juega al intercambio de esposas, minando así los fundamentos de la familia puritana.

El centurión lleva el pelo a cepillo

Inserto en una gran «corporation» (sistema que se degrada), este romano de pelo a cepillo está ya viviendo la descentralización absoluta y la crisis del poder (o de los poderes) central, reducido éste a una simple ficción (como ocurría con el Imperio) y a un sistema de principios cada vez más abstractos. Hace unos meses, Furio Colombo escribió un impresionante ensayo sobre los «Tiempos modernos» («Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal»), del cual parece deducirse la contemporaneidad de una situación típicamente neomedieval. Todos sabemos, sin necesidad de hacer sociología, hasta qué punto las decisiones de nuestro gobierno son a menudo formales respecto de decisiones aparentemente periféricas de grandes centros económicos; en qué medida la política del Pentágono o del FBI puede proceder con toda independencia respecto de la política seguida por la Casa Blanca.

En el castillo del feudatario volante

«El golpe de mano del poder tecnológico ha vaciado las instituciones y abandonado el centro de

la estructura social», observa Colombo, y el poder «se organiza abiertamente fuera del área central y media del cuerpo social, hacia una zona libre de cometidos y responsabilidades generales, revelando abierta e improvisamente el carácter accesorio de las instituciones».

Las llamadas al orden no se producen ya en términos de jerarquía o de función codificada, sino de prestigio y presión efectiva; Colombo cita el caso de la rebelión en las cárceles de Nueva York en octubre de 1970; la autoridad institucional, es decir, el alcalde Lindsay, no pudo hacer otra cosa que apelar al equilibrio; las negociaciones se llevaron a cabo entre prisioneros y guardianes, primero, y entre los periodistas y las autoridades carcelarias, después, con la mediación efectiva de la televisión. A través del juego de estos intereses privados que se autogobiernan y consiguen mantener compromisos y equilibrios recíprocos, servidos por policías privados y mercenarios, que disponen de sus propios refugios amurallados, estamos asistiendo a lo que Colombo califica de progresiva vietnamización de los territorios, batidos por nuevas compañías de ventura (¿quiénes son los «minutemen» y los panteras negras?). Tratado de aterrizar en Nueva York con un avión TWA: entraréis en un mundo totalmente privado, en una catedral autogobernada que nada tiene que ver con la terminal de la Panaméricam. El poder central, que siente la presión de la TWA con particular intensidad, proporciona a la compañía un servicio aduanero mucho más rápido que el que disfrutaban las otras compañías. Si voláis por TWA entraréis en los Estados Unidos en cuestión de minutos, mientras que si utilizáis los servicios de otras compañías tardaréis hasta una hora en atravesar la aduana. Todo depende del feudatario volante al que os confiéis, y los «missi dominici» (que están también investidos del poder de condenar y absolver en el terreno ideológico) levantarán a algunos excomulgados que serán para otros más dogmáticamente ineliminables.

Vietnamizar todas las ciudades

No hace falta ir a América para darse cuenta de cómo se ha mo-

dificado el aspecto exterior de la sala central de una Banca de Milán o Turín, o para comprobar, al intentar entrar en el palacio que la RAI tiene en el paseo Mazzini, de Roma, el complejo de controles, gobernados por policías privados, que hay que pasar antes de poder poner pie en un castillo más fortificado que los otros. El ejemplo de la fortificación y premilitarización de las fábricas es moneda corriente entre nosotros. En este sentido, el policía de servicio sirve y no sirve a un tiempo, remacha la presencia simbólica del poder, que en algunos casos puede convertirse en brazo secular efectivo, pero a menudo bastan las fuerzas mercenarias internas. Cuando la fortificación herética se convierte en un auténtico estorbo, el poder central interviene para restablecer la autoridad de la imagen del Estado. Sin embargo, en la Facultad de Arquitectura de Milán, convertida en ciudadela, el poder central no intervino hasta que una serie de señores feudales de diversa extracción, industrias, periódicos, democracia cristiana, etcétera, decidieron que la ciudadela enemiga debía ser expugnada. Hasta que la presión de los feudatarios más importantes no se hizo insostenible, aquel pequeño feudo de aberrantes templarios, aquel monasterio de monjes disolutos, pudo autogobernarse con sus propias reglas, sus ayunos y libertinajes.

Un geógrafo italiano, Giuseppe Sacco, desarrolló hace un año el tema de la medievalización de la ciudad. Una serie de minorías que rechazan la integración, se constituyen en «clan», y cada clan individualiza un barrio que se convierte en su propio centro, en muchos casos inaccesible: estamos en la «comarca» medieval (Sacco es profesor en la Universidad de Siena). Por otro lado, las clases pudientes se retiran fuera de la ciudad, estableciéndose en una ciudad jardín con supermercados autónomos, dando vida así a otros tipos de microsociedad.

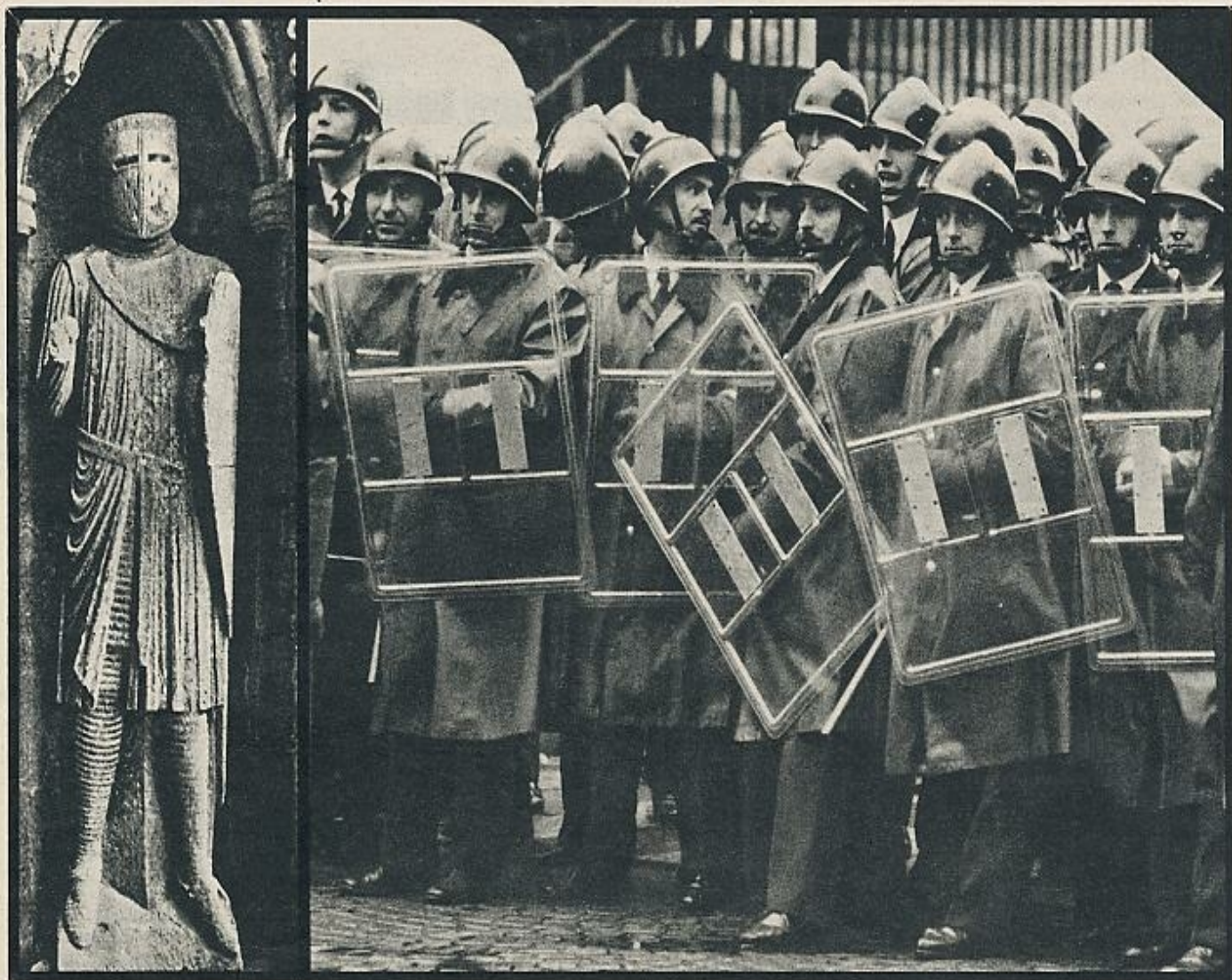
También Sacco recoge el tema de la vietnamización de los territorios, convertidos en teatros de tensiones permanentes debido a la ruptura del consenso: entre las respuestas del poder figura la tendencia a descentralizar las grandes Universidades (especie de deflación estudiantil) a fin de evitar peligrosas condensaciones de masas. En este marco de gue-

rra civil permanente, dominado por un conflicto entre minorías opuestas y carentes de centro, las ciudades tenderán cada vez más a convertirse en algo que ya podemos encontrar en determinadas localidades latinoamericanas, habituadas a las guerrillas, «en las que la fragmentación del cuerpo social se halla simbolizada por el hecho de que el portero de las casas de vecindad suele ir armado de casco. En esas mismas ciudades, los edificios públicos parecen fortalezas, y en cualquier caso, al igual que los palacios presidenciales, están rodeados de una especie de parapeto de tierra que sirve para protegerlos de los «bazookas».

Naturalmente, nuestro paralelo medieval debe ser articulado de tal modo que no haya que tener las imágenes simétricamente opuestas. Pues mientras que en el auténtico Medioevo corrían parejos disminución de la población, abandono de las ciudades y carestía en el campo, dificultades de comunicación, deterioro de las carreteras y los puestos romanos, crisis del control central, hoy parece producirse más bien el fenómeno opuesto: el exceso de población en interacción con el exceso de comunicaciones y transportes, hace inhabitables las ciudades no por destrucción y abandono, sino por paroxismo de actividad. A la yedra que corroe las grandes construcciones la sustituyen la polución atmosférica y el amontonamiento de las inmundicias que desfigura y lo hace todo irrespirable: la ciudad se llena de inmigrantes, pero se vacía de sus viejos habitantes que la utilizan sólo para trabajar, mientras que trasladan su residencia a los suburbios (cada vez más fortificados después de la matanza de Bel Air). Manhattan lleva camino de convertirse en una ciudad sólo de negros; Turín, de italianos del Sur, mientras que en las colinas y llanuras circundantes se levantan castillos gentilicios, ligados por fórmulas de buena vecindad, desconfianza recíproca y grandes reuniones ceremoniales.

Con el frío encendido se destruye el «sistema»

Por otro lado, la gran ciudad, que no se ve invadida hoy por bárbaros beligerantes ni devastada por importantes incendios, su-



EL GEOGRAFO G. SACCO HA DESARROLLADO EL TEMA DE LA MEDIEVALIZACION DE LA CIUDAD Y RECOGE EL TEMA DE LA VIETNAMIZACION DE LOS TERRITORIOS CONVERTIDOS EN TEATROS DE TENSIONES PERMANENTES DEBIDO A LA RUPTURA DEL CONSENSO.

fre de escasez de agua, crisis de la energía eléctrica disponible, parálisis del tráfico. Además, Vacca recuerda la existencia de grupos «underground» que invitan a hacer saltar todas las líneas eléctricas utilizando al mismo tiempo el mayor número posible de aparatos electrodomésticos y dejando el frigo abierto. Vacca observa, como científico que es, que dejando abierto el frigorífico, la temperatura no disminuye, sino que aumenta: sin embargo, los filósofos paganos tenían objeciones bastante más graves que oponer a las teorías sexuales o económicas de los primeros cristianos, y, sin embargo, el problema no consistía en ver si las teorías eran o no eficientes, sino en reprimir, más allá de un límite determinado, el abstencionismo y la negativa a colaborar. Los profesores del liceo Castelnuovo son amonestados, porque el hecho de no registrar las ausencias de las asam-

bleas equivale a no hacer sacrificios a los dioses. El poder teme el relajamiento del ceremonial y la falta de obediencia formal a las instituciones, en todo lo cual ve la voluntad de sabotaje del orden establecido y el intento de inserción de nuevas costumbres.

La Alta Edad Media se caracteriza también por una fuerte decadencia tecnológica y por el empobrecimiento del campo. Escasea el hierro, y si a un campesino se le cae al pozo la única hoz de que dispone, ha de esperar la intervención milagrosa de un santo para recuperarla (según testimonian las leyendas), si no, adiós pan. El pavoroso decremento de la población se ve sólo frenado después del año 1000, y ello debido a la introducción de cultivos de habas, lentejas y judías de alto nivel nutritivo, sin lo cual Europa se hubiese muerto de debilidad constitucional (la relación entre las habas y el renacimiento cultu-

ral es decisiva). Hoy, el paralelismo se invierte para coincidir de nuevo: un inmenso desarrollo tecnológico provoca obstrucciones y disfunciones, y la expansión de una industria alimenticia se convierte en producción de alimentos venenosos o cancerígenos.

La civilización de los escombros

Por otro lado, la sociedad de consumo al más alto nivel no produce objetos perfectos, sino maquinillas fungibles, efímeras (si queréis un buen cuchillo, compradlo en África; en Estados Unidos, un cuchillo no dura nada), y la civilización tecnológica va camino de convertirse en una sociedad de objetos usados e inservibles; mientras que asistimos al abandono del campo: desatención a los cultivos, contaminación del agua, atmosférica y vegetal, des-

aparición de especies animales, etcétera, todo lo cual reclama urgentemente si no judías, sí una inyección de elementos genuinos.

En cuanto al hecho de que se viaje hoy a la Luna, se transmitan partidos vía satélite y se inventen nuevos compuestos, todo ello simultáneamente, podemos decir que encaja a la perfección con la otra faceta, más o menos desconocida, del Medioevo a caballo entre uno y otro milenio, período que fue testigo de una primera e importantísima revolución industrial: en el transcurso de tres siglos solamente se inventaron los estribos, el collarón que sirvió para potenciar el rendimiento del caballo, el timón posterior articulado, que permite a las naves navegar a barlovento; el molino de viento. Aunque a primera vista no lo parezca, se trata de inventos tan importantes como el tren o la energía eléctrica, con la única

ENTRAMOS EN LA EDAD MEDIA

diferencia de que la gente tardaba mucho en darse cuenta de ello.

Y no se daba cuenta porque en aquella época la gente comunicaba, según se dice, muy poco entre sí, y es esta una característica que distingue al Medioevo de nuestros tiempos. Pero hay por lo menos un punto en el que coinciden en este sentido el Medioevo y nuestra época, y es que en el Medioevo existían poquísimas relaciones entre las localidades vecinas, y muchas, en cambio, entre centros lejanos entre sí. Dicho de otro modo, un habitante de Milán tenía pocas ocasiones en la vida de visitar Pavia, y muchas de acabar en Santiago de Compostela o Jerusalén. La Europa medieval estaba surcada por rutas de peregrinaje (en las guías turísticas de la época se citaban las iglesias y abadías como hoy se citan los moteles o los Hilton), del mismo modo en que nuestros cielos están surcados por líneas aéreas que hacen más fácil el viaje de Roma a Nueva York que de Spoleto a Roma.

Los "hippies" son una orden mendicante

Se podría objetar que en la sociedad seminómada medieval los viajes no ofrecían apenas seguridad, que en aquella época antes de partir había que hacer el testamento (recordemos la partida del viejo Anne Vercors en «La Anunciación», de Claudel), y viajar significaba tener que hacer frente a bandidos, bandas de vagabundos y fieras. Sin embargo, la idea del viaje moderno como obra maestra de seguridad y confort ha perdido toda su vigencia: hoy, subir a un reactor y atravesar los diversos controles electrónicos y someterse a las pesquisas tendentes a impedir los desvíos y actos de piratería aérea es exponerse a peligros más o menos similares a los que conocieron los antiguos peregrinos, riesgos que tienden a aumentar.

La «inseguridad» es una palabra clave: este sentimiento forma parte inseparable de las angustias características del cambio de milenio: se aproxima el fin del mundo, el milenio acabará con una catástrofe definitiva. Los famosos terrores del año 1000 pertenecen ya a la leyenda; sin embargo, durante todo el siglo XI perduró el miedo al fin del mundo (por más que hacia el final del

milenio ya había remitido bastante la psicosis general). Por lo que se refiere a nuestros días, las constantes referencias a la posibilidad de una catástrofe atómica o ecológica (entre las que hay que incluir la presente reseña) bastan para indicar la existencia de vigorosas corrientes apocalípticas. Como correctivo utópico, a la idea medieval de la «renovatio imperii» corresponde la actual, bastante modulable, de «revolución», ambas con sólidas perspectivas reales, aunque equivocadas respecto al proyecto final (no se renovará el Imperio, aunque serán el renacimiento comunal y las monarquías nacionales quienes se encarguen de disciplinar la inseguridad).

Pero la inseguridad no es sólo «histórica», sino también psicológica, va inseparablemente unida a la relación hombre-paisaje, hombre y sociedad. En el Medioevo, la gente veía los bosques poblados de maléficas presencias, no había muchos que se atreviesen a salir de noche de los poblados y cuando lo hacían iban armados; ¿no se trata de algo parecido a lo que le ocurre al neoyorquino actual, que no se

atreve a pasar por Central Park después de las cinco, que tiene mucho cuidado de no poner el pie en Harlem, que no se atreve a tomar el «metro» solo después de la medianoche o incluso antes si es que se trata de una mujer?

Entre tanto, mientras en todas partes las fuerzas de Policía se dedican a reprimir las rapiñas mediante indiscriminadas matanzas de culpables e inocentes, se establece la práctica del robo revolucionario, del raptó de diplomáticos, del mismo modo en que en la auténtica Edad Media un cardenal y su séquito podían ser capturados por un Robin Hood cualquiera y luego intercambiados por un par de alegres bandidos destinados a la horca o al potro.

El último toque al cuadro de la inseguridad colectiva lo tenemos en el hecho de que hoy como entonces, y en contraste con las costumbres instauradas por los modernos Estados liberales, las guerras ya no se declaran (si no es al final del conflicto, como ocurrió con la guerra indo-pakistani), por lo que no se sabe nunca si un país se encuentra o no

en estado de beligerancia. Por otro lado, hay que registrar también el hecho de que las tropas del Imperio están permanentemente acantonadas en los diversos territorios nacionales: se trata de ejércitos plurilingües bajo el mando de almirantes siempre tentados a utilizar esa fuerza en provecho propio.

Por estos vastos territorios, dominados por la inseguridad, vagan bandas de marginados, místicos o aventureros. Aparte de que en la crisis general de la Universidad y en el plano de las becas de estudio que se conceden sin coordinación alguna, los estudiantes se constituyen en nuevos «vagantes» y recurren única y exclusivamente a maestros circunstanciales, rechazando a sus propios «institutores naturales», tenemos, por un lado, bandas «hippies» —auténticas órdenes mendicantes— que viven de la caridad pública y buscan una felicidad mística (droga y gracia divina no difieren apenas entre sí, entre otras cosas porque a través de los insertos de la felicidad química asoman elementos de religiones no cristianas). Las poblaciones locales no es más que un monje que se ha excedido, como sus antepasados, en ritos satánicos. Excitación mística y rito diabólico casi se identifican, y Gilles de Rais, quemado vivo por haber devorado a numerosos niños, era compañero de armas de Juana de Arco, guerrillera carismática como el «Che».

Otras formas afines a las de las órdenes mendicantes son las reivindicadas por grupos politizados, y el moralismo de la Unión de marxistas-leninistas tiene raíces monásticas, con sus llamadas a la pobreza, la austeridad de costumbres y el «servicio del pueblo».

El hereje cambia de grupúsculo

Si los paralelos nos resultan desordenados, no hay más que pensar en la enorme diferencia que, bajo la aparente capa religiosa, existía entre monjes contemplativos y perezosos, siempre encerrados en sus conventos, franciscanos activistas y populis-

GUERRILLAS UNIVERSITARIAS EN PARÍS

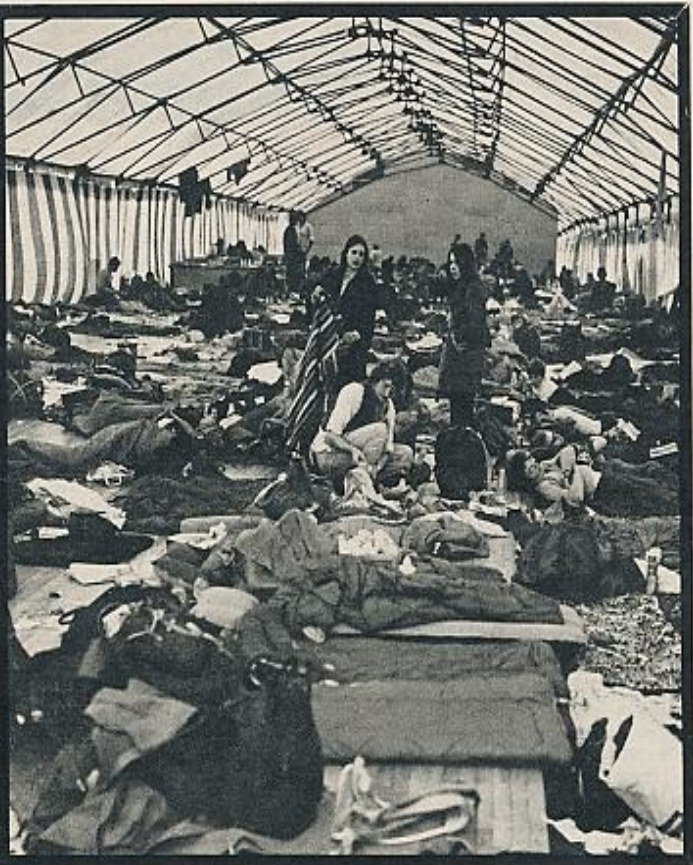
— Los estudiantes protestan porque las aulas están abarrotadas y la enseñanza que en ellas se imparte es demasiado autoritaria. Los profesores quisieran organizar el trabajo en seminarios con los alumnos, pero interviene la Policía. En uno de los choques que se producen, mueren cinco estudiantes (año 1200).

— Se lanza una reforma que concede autonomía a profesores y alumnos; el cancellor no podrá negar la licencia de enseñanza a un candidato propuesto por seis profesores (año 1215).

— El cancellor de Notre-Dame prohíbe los libros de Aristóteles. Los estudiantes, bajo el pretexto de que los precios son demasiado altos, asaltan y destruyen una hostelería. El preboste de la Policía interviene con una compañía de archeros, que hieren a varios transeúntes. Grupos de estudiantes llegan de las calles próximas y atacan a la Policía con piedras y adoquines. El preboste de la Policía ordena a sus hombres que carguen contra los jóvenes: mueren tres estudiantes. Paro general en la Universidad, se construyen barricadas y se envía al Gobierno una delegación. Profesores y alumnos se dirigen hacia Universidades periféricas. Tras largas negociaciones, el Rey estatuye una ley que regula el bajo precio de los alojamientos para estudiantes y crea colegios y comedores universitarios (marzo de 1228).

— Las órdenes mendicantes ocupan tres de cada doce cátedras. Revuelta de los docentes seculares, que acusan a los monjes de constituir una especie de mafia (1252). Al año siguiente estalla una violenta lucha entre estudiantes y Policía, los docentes seculares se niegan a dar clase por solidaridad con los estudiantes, mientras que los catedráticos pertenecientes a las órdenes regulares no siguen su ejemplo (1253). La Universidad entra en conflicto con el Papa, el cual da razón a los monjes docentes. Alejandro IV se reserva el derecho de conceder o no permiso de huelga si la asamblea de facultad toma una decisión en tal sentido por mayoría de dos tercios. Algunos docentes rechazan tales concesiones y son destituidos: Guillaume de Saint-Amour, Eudes de Douai, Chrétien de Beauvais y Nicolas de Bar-sur-Aube son procesados. Los profesores destituidos publican un Libro Blanco titulado «El peligro de los tiempos recientes», libro que es condenado como «inútil, criminal y execrable» por una bula papal de 1256.

(De crónicas medievales de vida universitaria, siglo XIII.)



POR ESTOS VASTOS TERRITORIOS DOMINADOS POR LA INSEGURIDAD, VAGAN BANDAS DE MARGINADOS, MÍSTICOS O AVENTUREROS... LOS ESTUDIANTES SE CONVIERTEN EN NUEVOS VAGANTES, QUE CONSTITUYEN ORDENES MENDICANTES.

tas y dominicos doctrinarios e intransigentes, todos los cuales se habían marginado voluntaria aunque diversamente del contexto social de la época, que despreciaban como decadente, diabólico, fuente de neurosis, de «alienación».

Estas sociedades de renovadores, divididas entre una furiosa actividad práctica al servicio de los desheredados y una violenta discusión teológica, se dedicaban a despedazarse mutuamente a base de acusaciones recíprocas de herejía y continuas excomuniones. Cada grupo engendra sus propios disidentes y herejarcas, los ataques de que se hacían mutuamente objeto dominicos y franciscanos no son en el fondo distintos de las acusaciones que se lanzaban entre sí trotskistas y stalinistas; ahora bien, todo esto no es indicativo de un desorden sin objeto, sino más bien de una sociedad en la que una serie de nuevas fuerzas buscan imágenes nuevas de vida colectiva y descubren la imposibilidad de aplicarlas si no es mediante la lucha contra los «sistemas» vigentes, practicando una consciente y rigurosa intolerancia teórica y práctica.

Hay un aspecto de la civilización medieval que nosotros hemos tendido siempre a deformar y juzgar mal, influidos por una óptica laica y liberal: me refiero a la práctica del recurso a la «autoritas». El estudioso medieval finge siempre no haber inventado nada y cita continuamente a alguna autoridad anterior. Esta autoridad puede estar constituida por los padres de la Iglesia oriental, por San Agustín, por Aristóteles o las Sagradas Escrituras, o por otros sabios casi contemporáneos: lo importante en todo caso es no sostener nada nuevo sin hacer referencia a otros autores anteriores, sin atribuirles la paternidad de la idea que se trata de presentar. Esta práctica es diametralmente opuesta a la seguida a partir de Descartes: en la Edad Moderna, para merecer un nombre, un filósofo o científico tiene que haber aportado algo nuevo (lo mismo cabe decir del artista a partir del romanticismo, e incluso antes, desde el manierismo). El medieval hace exactamente lo contrario. Así, el discurso cultural del Medioevo parece, visto desde fuera, un grande y monótono monólogo, ya que todos los

autores utilizan el mismo lenguaje, las mismas citas, los mismos argumentos, el mismo léxico, hasta el punto de que todos ellos parecen querer decirnos exactamente lo mismo. Una impresión superficial semejante a la que recibimos cuando asistimos a alguna asamblea estudiantil, leemos la prensa de los grupos extraparlamentarios o los escritos de la revolución cultural.

En el puchero del estructuralismo

En efecto, el moderno estudioso del Medioevo es capaz de advertir diferencias fundamentales en la cultura de aquella época, del mismo modo en que el político actual puede establecer distinciones y clasificar inmediatamente a su interlocutor dentro de tal o cual apartado ideológico. Y es que el medieval sabe perfectamente que con la autoridad puede hacerse lo que se quiera: «La autoridad tiene una nariz de cera que tú puedes deformar a voluntad», escribe Alain di Lilla en el siglo XII. Pero ya había dicho antes Bernardo

de Chartres: «Vamos como enanos a hombros de gigantes»; los gigantes son las autoridades indiscutibles, personas más lúcidas y previsoras que nosotros; ahora bien, cuando nos subimos sobre sus hombros, vemos más lejos que ellos. Así, los autores medievales tenían, por un lado, la conciencia de estar renovando, de ir en vanguardia, y por otro lado, habían de apoyar la innovación sobre un cuerpo cultural que sirviese para persuadir a la vez que garantizase un lenguaje común. Lo que no era sólo dogmatismo, sino que constituía el modo en que el Medioevo reaccionaba ante el desorden y la disipación cultural de la última fase de la época romana, ante el crisol de ideas, religiones, promesas y lenguajes del mundo helenístico, en el que cada cual se encontraba a solas con su tesoro de sabiduría. Lo primero que había que hacer era reconstituir una temática, una retórica y un léxico comunes en los que reconocerse; de otro modo, la comunicación se volvía imposible y no se podía tender un puente entre el intelectual y el pueblo, cosa que, a diferencia del intelectual griego o romano, per-

ENTRAMOS EN LA EDAD MEDIA

seguía siempre el sabio medieval.

Pues bien, la actitud de los grupos políticos juveniles de hoy es exactamente del mismo tipo, representa la reacción frente a la disipación de la originalidad romántico-idealista, y al pluralismo de las perspectivas liberales, consideradas como tapaderas ideológicas que no hacen sino ocultar, bajo la pátina de la diferencia de métodos y opiniones, la compacta unidad del sector económico. La búsqueda de textos sagrados (ya sean de Marx o de Mao, de Guevara o Rosa Luxemburgo) tienen sobre todo la función de restablecer las bases para un discurso común, un cuerpo de autoridades reconocibles sobre las cuales establecer el juego de las diferencias y los enfrentamientos polémicos. Todo ello con una humildad muy propia del Medioevo y totalmente opuesta al espíritu moderno, burgués y renacentista: ya no cuenta la personalidad del autor de la propuesta, y ésta no debe aparecer como descubrimiento individual, sino como fruto de una decisión colectiva rigurosamente anónima. Así, una asamblea moderna se desarrolla de modo similar a la «questio disputata» del Medioevo, la cual producía siempre en el asistente ajeno a la misma la impresión de que se trataba de un juego monótono y bizantino, cuando en aquellas asambleas se debatían no sólo los grandes problemas del destino del hombre, sino también una serie de cuestiones relacionadas con la propiedad, la distribución de la riqueza, las relaciones con el príncipe o la naturaleza de los cuerpos terrestres en movimiento y de los astros inmóviles.

Para sustituir ese escenario que acabamos de describir por uno característico de nuestra época no tendremos que desviarnos ni un solo centímetro con relación al paralelo medieval: en efecto, hemos aquí en un aula universitaria, en donde Chomsky se dedica a dividir gramaticalmente nuestros enunciados en elementos atómicos que se bifurcan, o Jakobson habla del binarismo de las emisiones fonológicas, o Lévi-Strauss estructura en juegos antinómicos los sistemas de parentesco y el tejido de los mitos, o Roland Barthes lee a Balzac, a Sade y a Ignacio de Loyola, igual que el medieval leía a Virgilio,

persiguiendo alusiones opuestas y simétricas. Nada más próximo al juego intelectual medieval que la lógica estructuralista o el formalismo de las ciencias físicas o matemáticas contemporáneas. El hecho de que en el mismo territorio antiguo podamos encontrar paralelos con el debate dialéctico de los políticos o con la descripción matematizante de la ciencia no debe sorprendernos, ya que estamos parangonando una realidad en acto con un modelo condensado: pero se trata en ambos casos de dos modos de afrontar la realidad que no tienen paralelos satisfactorios en la moderna cultura burguesa, y que dependen, tanto el uno como el otro, de un proyecto de reconstitución frente a un mundo cuya imagen oficial se ha disipado sola o ha sido pura y simplemente rechazada.

La catedral

El político argumenta sutilmente, apoyándose en la autoridad, para fundar sobre bases teóricas una praxis en formación; el científico trata de dar nueva forma, mediante clasificaciones y distinciones, a un universo cul-

tural que ha terminado estallando (como le ocurrió también al grecorromano) por exceso de originalidad, así como por el encuentro conflictivo de aportaciones demasiado distintas entre sí, Oriente y Occidente; magia, religión y derecho; poesía, medicina y física. Se trata de demostrar que existen abscisas del pensamiento que permiten colocar a primitivos y modernos bajo la enseña de la misma lógica. Los excesos formalistas y la tentación antihistórica del estructuralismo son los mismos de las discusiones escolásticas, del mismo modo en que la tensión pragmática y modificadora de los revolucionarios, que entonces se llamaban reformadores o simplemente herejes, debe (debía) apoyarse en furibundas diatribas teóricas, y cada matriz teórico entrañaba una praxis diferente. Hasta las discusiones entre San Bernardo, adepto de un arte sin imágenes, terso y riguroso, y Suger, partidario de una suntuosa y pululante catedral de comunicaciones figurativas, encuentran un equivalente, a varios niveles y en distintas claves, en la oposición entre constructivismo soviético y realismo socialista, en-

tre abstractistas y neobarrocos, entre teóricos rigoristas de la comunicación conceptual y adeptos macluhanianos de la aldea global de la comunicación visual.

Cuando se trata, empero, de paralelos culturales y artísticos, el panorama cobra una mayor complejidad. Tenemos, por un lado, una correspondencia bastante perfecta entre dos épocas que de diferentes modos, aunque con el mismo enmascaramiento ideológico de un proyecto paternalista de dirección de las conciencias, tratan de colmar el foso existente entre cultura de élite y cultura popular mediante la comunicación visual. Tanto en una como en otra época, la élite discurre y razona sobre textos escritos con mentalidad alfabética para traducir luego a imágenes los datos esenciales del saber y las estructuras portadoras de la ideología dominante. Civilización de la visión, la de la Edad Media, en la que la catedral es el gran libro de piedra, el manifiesto publicitario, la pantalla de televisión, el místico «fumetto» que ha de contarle y explicarle todo, los pueblos de la tierra, las artes y oficios, los días del año, las estaciones de la siembra y la cosecha, los misterios de la fe, las anécdotas de la Historia Sagrada y profana, la vida de los santos (grandes modelos de comportamiento, como son hoy los «divos» y cantantes, élite sin poder político, como diría Francesco Alberoni, aunque con enorme poder carismático).

Junto a esta ingente empresa de cultura popular se desarrolla la labor de descomposición y «collage» que la cultura de élite ejerce sobre los detritus de la cultura del pasado. Tomemos una caja mágica de Cornell o de Orman, un «collage» de Max Ernst, una máquina inútil de Munari o Tinguely, y nos encontraremos de pronto insertos en un paisaje que no tiene nada que ver con Rafael o Canova y sí muchísimo con el gusto estético medieval. En poesía, los centones y acertijos, las kenningar islandesas, los acrósticos, los tejidos verbales de citas múltiples recuerdan a Pound y a Sanguineti; los juegos etimológicos desprovistos de sentido, a los que tan aficionados son Virgilio di Bigorre e Isidoro de Sevilla, son un claro antecedente del estilo de Joyce (y éste lo sabía); los ejercicios de descomposición temporal de los

EL «POP-ART» DEL DUQUE DE BERRY

Objetos pertenecientes al tesoro de Carlos IV de Bohemia:

Cráneo de San Adalberto.
Espada de San Esteban.
Una espina de la corona de Jesús.
Trozos del «lignum crucis».
Servilleta utilizada en la Última Cena.
Un diente de Santa Margarita.
Un pedazo de hueso de San Vital.
Una costilla de Santa Sofía.
El mentón de San Eobano.
Costilla de ballena.
Colmillo de elefante.
Vara de Moisés.
Hábitos de la Virgen.

Objetos del tesoro del duque de Berry:

Un elefante disecado.
Un basilisco.
Maná encontrado en el desierto.
Cuerno de unicornio.
Nuez de coco.
Anillo que usó en los esponsales San José.

DESCRIPCION DE UNA EXPOSICION DE «POP-ART» Y NUEVO REALISMO

Muñeca destripada de cuyo vientre salen las cabezas de otras muñecas.
Un par de gafas con ojos pintados sobre los cristales.
Cruz con botellas de Coca-Cola y una lamperita en el centro.
Ampliación de un «fumetto» de Dick Tracy.
Silla eléctrica.
Tabla de ping-pong con pelotas de yeso.
Piezas de automóvil prensadas.
Casco de motorista decorado al óleo.
Pila eléctrica en bronce sobre pedestal.
Caja que contiene tapones de botellas.
Tabla vertical con plato, cuchillo, paquete de «Gitanes» y ducha de teléfono fijados sobre un paisaje pintado al óleo.

tratados de poética parecen un programa ideado para Godard, y el gusto medieval por el coleccionismo y los inventarios es también muy de nuestros días. Esa afición se concretaba entonces en los tesoros de los príncipes o de las catedrales, donde se conservaban, indistintamente, una astilla de la cruz de Jesús, un huevo encontrado dentro de otro huevo, un cuerno de unicornio, el anillo que llevó San José en sus esponsales, el cráneo de San Juan Bautista.

Además, era nula en aquella época la distinción entre objeto estético y objeto mecánico (Harum El Rashid regaló a Carlomagno un autómatas en forma de gallo, artísticamente cincelado, objeto cinético donde los hubo), como tampoco existía diferencia alguna entre objeto de «creación» y objeto curioso, ni en general entre trabajo artesanal y artístico, entre «múltiple» y ejemplar único y, sobre todo, entre hallazgo curioso (la lámpara «liberty» o el diente de ballena) y obra de arte. Todo ello dominado por una afición a los colores violentos y un sentido de la luz como elemento de goce físico, sin que importe para nada el hecho de que en aquella época se coleccionasen jarrones de oro incrustados de topacios que reflejaban los rayos del sol refractados por una vidriera de iglesia, mientras que el equivalente actual sea la orgía en un «electric circus» cualquiera, con proyecciones polaroids siempre cambiantes. Decía Huijzinga que para llegar a entender el gusto estético medieval era preciso pensar en el tipo de reacción que experimenta frente al objeto curioso y precioso un burgués estupefacto.

Kissinger, junto a Bernardo di Chiaravalle

Huijzinga pensaba en términos de sensibilidad estética posromántica; hoy diríamos que ese tipo de reacción es semejante a la que experimenta un joven respecto a un «poster» que representa un dinosaurio o una motocicleta, o a una caja mágica transistorizada en la que gran continuamente haces luminosos, a mitad de camino entre el modelo tecnológico y las promesas de la ciencia-ficción, con elementos de orfebrería barbárica.

Nuestro arte, al igual que el de la Edad Media, no es sistemático, sino más bien aditivo y compositivo, y hoy como ayer, el experimento elitista más refinado coexiste con la gran empresa de divulgación popular (la relación miniatura-catedral es la misma existente entre el Museum of Modern Art y Hollywood), con intercambios y empréstitos recíprocos y continuos: y el aparente bizantinismo, la afición delirante al coleccionismo, las clasificaciones, los «collages», el amontonamiento indiscriminado de objetos, todo ello es debido a la necesidad de descomponer y juzgar nuevamente los residuos de un mundo



NADA SE PARECE MÁS A UN MONASTERIO (PERDIDO EN MEDIO DEL CAMPO, RODEADO DE HORDAS BARBÁRICAS Y EXTRAÑAS, HABITADO POR MONJES QUE NO TIENEN NADA QUE VER CON EL MUNDO EXTERIOR Y QUE LLEVAN A CABO INDEPENDIENTEMENTE SUS INVESTIGACIONES) QUE UN CAMPUS UNIVERSITARIO AMERICANO.

anterior, tal vez armónico, pero en todo caso ya obsoleto, un mundo que, como diría Sanguineti, se vive como una «Palus Putredinis» que uno atraviesa y olvida inmediatamente. Mientras Fellini y Antonioni ensayan sus particulares «infiernos» y Pasolini sus «de-camerones» (el Orlando de Ronconi no es precisamente una fiesta renacentista, sino un misterio medieval en la plaza pública destinada al pueblo sencillo), hay quienes tratan desesperadamente de salvar la cultura antigua, creyéndose investidos de un mandato intelectual, y continuamente se publican nuevas enciclopedias, digests, revistas electrónicas de información, que, según Vacca, debían ser los encargados de transmitir a la posteridad un tesoro de conocimientos que correrían de otro modo el riesgo de perderse en la catástrofe general.

Nada se parece más a un monasterio (perdido en medio del campo, rodeado de hordas barbá-

ricas y extrañas, habitado por monjes que no tienen nada que ver con el mundo exterior y que llevan a cabo independientemente sus investigaciones) que un «campus» universitario americano. Ocurre a veces que el príncipe llama a su lado a uno de esos monjes y le convierte en consejero, enviándole, por ejemplo, a Catal; y el monje en cuestión pasa con total indiferencia del claustro al mundo, se convierte en hombre público y en estadista, y trata de gobernar el mundo con la misma perfección ascética con la que en el claustro se dedicaba a recopilar textos griegos. Este monje puede llamarse lo mismo Gerberto di Aurillac que McNamara, Bernardo di Chiaravalle que Kissinger, puede ser igual hombre de paz que hombre de guerra (como Eisenhower, que gana unas cuantas batallas y luego se retira a un monasterio, convirtiéndose en director de un «collage», para vol-

ver al servicio del Imperio cuando las multitudes le llaman como héroe carismático).

Como decían los chinos

Pero no se sabe a ciencia cierta si será a estos centros monásticos a quienes corresponda la tarea de registrar, conservar y transmitir el fondo de la cultura del pasado, tal vez mediante complicados aparatos electrónicos (como sugiere Vacca) que vayan poco a poco restituyendo los antiguos conocimientos, estimulando la labor de reconstrucción, pero sin llegar a desvelar el fondo de todos los secretos. El auténtico Medioevo engendró, ya hacia el final, un Renacimiento especialmente aficionado a la arqueología. Hay que decir, sin embargo, que el Medioevo no llevó a cabo una labor de conservación sistemática, sino más bien una de destrucción casual y conservación desordenada: se perdieron en aquella época manuscritos esenciales mientras que se salvaron otros totalmente ridículos, se borraron poemas maravillosos para escribir encima adivinanzas y oraciones, se falsificaron textos sagrados interpolando pasajes espurios; así escribió el Medioevo «sus» libros. El Medioevo inventa la sociedad comunal, aun cuando no tenía noticias precisas sobre la «polis» griega; llega a China creyendo que va a encontrar allí hombres provistos de un pie sólo y con la boca en el vientre; llega tal vez a América, antes de Colón, utilizando la astronomía de Ptolomeo y la geografía de Eratóstenes...

De nuestro nuevo Medioevo se ha dicho que será una época de «transición permanente», para la cual se pondrán en práctica nuevos métodos de adaptación: el problema no consistirá tanto en conservar científicamente el pasado cuanto en elaborar hipótesis sobre la explotación del desorden, entrando en la lógica de la conflictividad. Nacerá, como por otra parte ya está naciendo, una cultura en constante readaptación y cargada de utopismos. Así, los «vagantes» de hoy se dedican a destruir o, en el mejor de los casos, a transformar la Universidad, con la misma actitud carente de prejuicios que demostró el hombre medieval al inventar dicha institución. El Medioevo conservó a su manera la herencia del pasado, pero no para su hibernación, sino para su continua retraducción y reutilización: fue aquella una inmensa operación de «bricolage», a caballo entre la nostalgia, la esperanza y la desesperación.

Bajo su apariencia inmovilista y dogmática, el Medioevo fue paradójicamente una época de «revolución cultural»; proceso que se caracterizó en realidad por plagas y estragos de todo tipo, intolerancia y muerte. Nadie dice que el nuevo Medioevo represente una perspectiva totalmente alegre. Como dice una antigua maldición china: «Ojalá te toque vivir una época interesante». ■ U. E.